

SEÑOR, AUMÉNTANOS LA FE
(Lc. 17, 5)

***Homilía de monseñor Marcelo Raúl Martorell, obispo de Puerto Iguazú para
el 27º domingo durante el año
(7 de octubre de 2007)***

La liturgia de este domingo se centra totalmente en la fe, que será en la Iglesia un planteo de ayer de hoy y de siempre. El Profeta Habacuc (1,2-3; 2,2-4), se lamenta ante Dios por la situación de su Pueblo; Israel es infiel a su Dios; y en medio de esta infidelidad, sufre la prepotencia y violencia, porque el país está sometido a la acción devastadora de sus enemigos; los cuales paradójicamente son instrumentos para castigo de los judíos, que al mismo tiempo no son menos pecadores que estos. Es el escándalo del triunfo del mal, que tantas veces nos llama la atención, el mal que parece destruir el bien y envolver en su ruina a los mismos buenos. Dios responde a su Profeta para que a través de una visión que quiere que se explique con toda claridad, para los que vengan después, los exhorta a la constancia en la fe en Dios Salvador de Israel, porque se hará justicia, pero a su debido tiempo, "si tarda espera, porque ha de llegar sin duda alguna";

dice cómo: "sucumbe quien no tiene el alma recta, pero el justo vivirá por su fe" (ib3-4) Esta enseñanza no es solo para el Israelita, sino para el Cristiano de todos los tiempos, es válida en cualquier circunstancia de la vida de los individuos y de los pueblos o de la Iglesia.

Aparentemente todo se desarrolla como si Dios no existiese, sin embargo Dios existe y todo lo ve, la exhortación es clara "es preciso permanecer firmes en la fe". Podrán suscitarse toda clase de indiferencia hacia Dios, podremos actuar como si Dios no nos viese, o convertirnos nosotros mismos en dioses y hacer de nuestro poder temporal una gloria; pero esta será efímera. Dios ciertamente intervendrá a favor de los que creen en él y en él se confían.

El mundo de hoy se caracteriza por vivir uno de los males más grandes, "la indiferencia para con Dios" No nos importa Dios o lo que se predique de él, o de las virtudes que nos acercan a él o que se desprenden del evangelio. Todo nos basta y nos es suficiente en esta sociedad del consumo y del bienestar; así como todo nos basta con nuestros poderes temporales políticos o sociales; pero el Apóstol San Pablo nos advierte: "En todas las cosas interviene Dios, para bien de los que le aman" (Rom.8,28)

En la segunda lectura escribe San Pablo a Timoteo "No tengas miedo de ir a dar la cara por nuestro Señor y por mi, su prisionero, toma parte en los duros trabajos del evangelio, según las fuerzas que Dios te dé". El Apóstol que había sufrido grandes persecuciones por la fe, y tenía gloria de estar encadenado por Cristo, tenía derecho a exhortar a su discípulo a sufrir por la fe, y no intimidarse por las dificultades que la fidelidad al evangelio comportan. El debe ser fiel al evangelio de Jesucristo y no cambiarlo por doctrinas humanas que complacen al hombre y a la sociedad del momento o que comportan complacencia con las motivaciones políticas. El cristiano que no está dispuesto a sufrir por su fe y fidelidad al evangelio, no podrá resistir al enemigo. La timidez, el miedo, la confusión y toda

clase de errores de esta sociedad, serán vencidos con la "fuerza de Dios" y con la ayuda del Espíritu Santo que habita en nosotros (Ib.8,14) Pues el Espíritu Santo ha sido dado a los fieles para sostener su debilidad (Rom.8,26) y para hacernos capaces, frente a toda clase de indiferencia y corrupción de confesar el nombre del Señor.

El Evangelio nos dice "Señor aumentanos la fe" (Lc.127,5-10) para creer sin titubear, para permanecer fieles a Dios en la adversidades, o en las luchas contra la fe o los principios del evangelio, claras o solapadamente, frente a las propagandas de una salvación ficticia, como son el aborto y la eutanasia, y toda clase de engaños, es preciso permanecer robustos en la fe, apoyados con firmeza en la oración que todo lo puede y que sobre todo nos lleva a fortalecer la fe en Dios y su Evangelio. ¡Si tuviéramos la fe de un grano de mostaza!.....Jesús trata de instruir a sus discípulos que apoyándose en la fe sincera, es apoyarse en la fuerza de Dios, que quizá nos haga esperar, pero que intervendrá para el bien de los que lo aman, y que quien se apoya en la fuerza de Dios, todo lo cree, todo lo espera, a todo se atreve, y permanece perseverante e invencible aún en las vicisitudes más ásperas y oscuras.

Mis hermanos, estos tiempos que corren no son fáciles para la fidelidad del creyente, hay que apoyarse en la fe en el Evangelio, y marchar adelante, porque al fiel y orante creyente Dios le concede aún aquello que no nos atrevemos a pedir.

Que la Virgen, maestra de la fe, nos ayude a caminar por los caminos del Señor.

Mons. Marcelo Raúl Martorell, obispo Puerto Iguazú